

# EL TIEMPO INTERIOR Y LA LEYENDA DE LEYRE

Por RAFAEL GAMBRA

Acabo de realizar un viaje, de vuelta de mis vacaciones de verano.

Como siempre, este periódico viaje me ha de colocar, tras la serena pausa estival, ante las nuevas caras de una nueva promoción escolar. Y como siempre también, esta pequeña discontinuidad de mi existencia me ha hecho pensar en el tiempo, a través de la íntima percepción de su pasar constante, inexorable. No es casual que la vivencia de profundos cambios hicieran a San Agustín volverse sobre sí para escribir aquella primera reflexión autobiográfica que fueron sus «Confesiones», ni tampoco que sus capítulos más profundos constituyeran un estudio filosófico del tiempo. «Mientras tanto, Señor —exclamaba en uno de ellos—, mis años discurren sin solaz, los días mueren entre mis manos... Mas yo me dispersé en el tiempo, cuyo orden y naturaleza desconozco, y en tumultuosas vicisitudes se destruyeron las entrañas de mi alma...»

El lento paso del tiempo —de nuestro tiempo— constituye una experiencia universal, en momento desgarradora, a la que todos, aunque en distinto grado, somos sensibles. La muerte no se impuso a la naturaleza del hombre como un evento externo y casual, aunque fatal e ineludible: la muerte se insertó en el mismo ser temporal del hombre, que la lleva en su seno, como primera determinación categorial. La muerte se halla impresa en la vida, en su destino y en su ciclo, en forma tal, que así como el organismo sano acaba muriendo de arteriosclerosis, el espíritu acaba muriendo también de cumplimiento de su ciclo de una especie de arteriosclerosis moral. Cada hombre muere todos los días, aunque un desenlace concretísimo consume al final el desenlace que llevaba en su seno.

Sentimos —amargamente a veces— la muerte de los demás, la de aquellos en cuyo espíritu se ha formado o conformado el nuestro. Pero, en realidad, sentimos mucho más nuestra propia muerte, aunque de un modo diferente. Y ello porque cada sujeto es un punto de vista irrenunciable sobre la realidad universal. Es por ello antivital e inasequible la célebre máxima que Epicuro proponía para librarse del dolor y del temor de la propia muerte: «La muerte —decía— no existe, porque mientras vivimos, ella no es, y cuando ella es, ya no estamos nosotros». Más bien podría decirse que ella es cada día con nos-

otros, en nuestro caminar, siempre presente en la noche y en el día, en el cambio y en la permanencia.

Tan angustiosa resulta esta consciencia del paso del tiempo, que el hombre, en sus distintas civilizaciones, ha buscado antes que nada un modo de huir de ella, de amortiguarle, de ensordecirla. Los antiguos procuraron, ante todo, un orden estable, la prescripción del cambio o mudanza, a fin de que el hombre pudiera creerse hoy igual que ayer, o, cuando menos, la realidad circundante no le recordará, con un variar constante, su interno pasar. El culto al tronco familiar, la pervivencia en los hijos y en la casa, servían asimismo a este designio de perpetuidad, consuelo ambiental al propio morir de cada día.

La civilización industrial ha ensayado otro camino para este anhelo de evasión. Consiste en aturdir ese sentimiento en la actividad y en eliminar la muerte del horizonte vital humano. Esta civilización parece inspirada en la divisa de Lyauté: *la joie de l'âge est dans l'action*. El norteamericano medio trabaja hoy infatigable, vertiginosamente, y no para procurarse sosiego o descanso apacible, sino para adquirir los medios de una más rápida movilización y aturdimiento. El envejecimiento, por su parte, ha sido eliminado como determinante de una conducta individual y social: a nadie se exige renunciar a nada con la edad ni evolucionar en sus actitudes, antes bien se hace imperativo de «mantenerse siempre joven». La muerte, en fin, ha desaparecido de la esfera visual, de las previsiones, de las conversaciones. Nadie muere allí en su casa, ni tal acontecimiento se acompaña de ningún modo de solemnidad, ni aun trasciende de lo indispensable. Como cualquier necesidad incómoda, la muerte se convierte en asunto de empresas o servicios públicos, que lo faciliten de un modo aséptico e invisible para los demás.

Sin embargo, ninguno de estos sistemas de evasión logra un éxito pleno, aunque pueden servir de lenitivo. Ningún hombre deja de experimentar en determinados momentos la intolerancia natural hacia el devenir temporal, la laceraante impresión de su diario morir en su proceso incontenible, siempre acelerado.

El primero y más habitual de estos momentos u ocasiones es aquel en que sobreviene una discontinuidad en el curso de nuestra existencia —tal como un viaje—, que marca una nueva fase en ella, sea periódicamente o en forma imprevista. Estos hechos son, en frase de Bergson, como los golpes del timbal que estallan de vez en cuando en una sinfonía. Se trata de la indefinible tristeza que cierra cada período de nuestro tiempo y pone al descubierto su fluir sin retorno. Es la experiencia que recoge el proverbio francés: «Partir es morir un poco». Y el sentimiento que consagró Ovidio en la sonoridad patética de su elegía famosa:

Quum subit illius tristissima  
[noctis imago]  
Quae mihi supremum tempus  
[in urbe fuit...]

La otra de las ocasiones en que el alma despierta a la angustia de su propio devenir temporal es el recordar, o, más bien, una forma especial de evocación. Se trata de aquel momento en que la asociación de imágenes o una percepción actual evoca en nosotros un recuerdo adormecido, y ante él experimentamos una sensación de lejanía temporal, a la vez que cierta extrañeza a nuestra personalidad actual. Son los instantes en que el pasado nos pesa como ya excesivamente complejo, reiterado, superfluo... Este segundo aspecto no acompaña al primero cuando el pasado evocado «encaja» en lo que podríamos llamar trama o línea argumentada —consciente o admitida de nuestra vida.

De aquí que cuando más dispersa o incoherente haya sido una vida más experimentará el sujeto de la misma extrañeza y distancia del pretérito evocado, mas prematuramente experimentará su peso —peso de un ayer muerto, inútil—, y mayor será el impacto del devenir temporal. Una vida en cambio, idealmente en línea recta

mente por razón de la periódica discontinuidad que establece, sino también porque en él he pasado, una vez más, ante el Monasterio de Leyre, aquel viejo panteón de los reyes de Navarra, que cuelga de la Sierra del mismo nombre. Esta Sierra de Leyre es como una inmensa ola, larga y rompiente, coronada de espuma pétreo, que se eleva amenazadora sobre el valle de Aragón como emisario del mar inmóvil del Pirineo. Y fueron los bosques que rodean al dormido monasterio el escenario que la leyenda atribuye al monje que detuvo el tiempo —su tiempo— durante un siglo de quieto y arrobado éxtasis.

San Virila, que fue monje de Leyre en la alta Edad Media, dudó en una ocasión de que fuera posible a la criatura humana la eterna bienaventuranza en la sola contemplación de Dios. Oyó entonces cantar a un pájaro allá en su refugio del bosque, y era tan melódico el canto, que lo escuchó en la fruición de un dulce y total abandono. Cuando el pájaro cesó en su canto y voló a otra rama, el monje regresó al Monasterio, pero vio allí con espanto que no conocía ni era reconocido por ninguno de los monjes. Sólo el más anciano había oído contar en su juventud cómo un monje desapareció en el monte, y nunca se encontró su cuerpo, devorado sin duda por los lobos. San Virila pudo entonces comprender lo que será la eterna y a la vez instantánea bienaventuranza del alma en la inmóvil y atemporal contemplación de Dios.

Esta historia se repite en la lírica popular y en la hagiografía medieval cristiana. Se atribuye en España a varios monasterios, y fue también el tema de una de las Cántigas de Alfonso el Sabio: «Como o monge oyr cantar ua pasariya e esteu C annos al son della».

Aparte de esta mística leyenda, ninguna otra ha imaginado parar el tiempo interior, si no son los cuentos que reiteran el tema de la Bella Durmiente o de Rip-van-Vinkle. Pero en ellos no se trata de una detención, sino de un aplazamiento del tiempo: el sueño o pausa de un alma que revive en época posterior.

Sólo, pues, ha podido imaginar se la superación del fluir temporal que es la vida a través de la entrega total o cuasi transformación del alma en el objeto de su conocimiento o de su amor. Sólo ella suprime la impresión de lejanía y extrañeza del pasado que se evoca, el peso del tiempo ya vivido. De aquí que sólo las religiones constituyan para el hombre un verdadero antídoto contra esa su tragedia innata, no sólo en razón de las superaciones que del tiempo le ofrecen en la mística y en la bienaventuranza final, sino al entregarle la posibilidad de conferir un sentido armónico y de perfeccionamiento a su vida, así como un criterio valorador unitario.

## L. Polo Garicano

APARATO DIGESTIVO

RAYOS X

Estómago — Hígado — Recto

Tratamiento médico almorranas

Bergamín, 7-4.

Telfs. 11498-24776 (C. S. P. 42)

¿cuáles  
son sus  
horas bajas?

En las  
"horas bajas"  
Vd. es el de siempre... pero está en una "hora baja"  
Tómese unos instantes...

¿cuáles  
son sus

Acabo de realizar un viaje, de vuelta de mis vacaciones de verano.

Como siempre, este periódico viaje me ha de colocar, tras la serena pausa estival, ante las nuevas caras de una nueva promoción escolar. Y como siempre también, esta pequeña discontinuidad de mi existencia me ha hecho pensar en el tiempo, a través de la íntima percepción de su pasar constante, inexorable. No es casual que la vivencia de profundos cambios hicieran a San Agustín volverse sobre sí para escribir aquella primera reflexión autobiográfica que fueron sus «Confesiones», ni tampoco que sus capítulos más profundos constituyeran un estudio filosófico del tiempo. «Mientras tanto, Señor —exclamaba en una de ellas—, mis años discurren sin solaz, los días mueren entre mis manos... Mas yo me dispersé en el tiempo, cuyo orden y naturaleza desconozco, y en tumultuosas vicisitudes se destruyen las entrañas de mi alma...»

El lento paso del tiempo —de nuestro tiempo— constituye una experiencia universal, en momento desgarradora, a la que todos, aunque en distinto grado, somos sensibles. La muerte no se impuso a la naturaleza del hombre como un evento externo y casual, aunque fatal e ineludible; la muerte se insertó en el mismo ser temporal del hombre, que la lleva en su seno, como primera determinación categorial. La muerte se halla impresa en la vida, en su destino y en su ciclo, en forma tal, que así como el organismo sano acaba muriendo de arteriosclerosis, el espíritu acaba muriendo también de cumplimiento de su ciclo de una especie de arteriosclerosis moral. Cada hombre muere todos los días, aunque un desenlace concretísimo consume al final el desenlace que llevaba en su seno.

Sentimos —amargamente a veces— la muerte de los demás, la de aquellos en cuyo espíritu se ha formado o conformado el nuestro. Pero, en realidad, sentimos mucho más nuestra propia muerte, aunque de un modo diferente. Y ello porque cada sujeto es un punto de vista irrenunciable sobre la realidad universal. Es por ello, antivitral e inasequible, la célebre máxima que Epicuro proponía para librarse del dolor y del temor de la propia muerte: «La muerte —dice— no existe, porque mientras vivas, ella no es, y cuando ella es, ya no estamos nosotros». En esta podría decirse que ella es cada día con nos-

otros, en nuestro caminar, siempre presente en la noche y en el día, en el cambio y en la permanencia.

Tan angustiosa resulta esta consciencia del paso del tiempo, que el hombre, en sus distintas civilizaciones, ha buscado antes que nada un modo de huir de ella, de amortiguarla, de ensordecerla. Los antiguos procuraron, ante todo, un orden estable, la prescripción del cambio o mudanza, a fin de que el hombre pudiera creerse hoy igual que ayer, o, cuando menos, la realidad circundante no le recordará, con un variar constante, su interno pasar. El culto al tronco familiar, la pervivencia en los hijos y en la casa, servían asimismo a este designio de perpetuidad, consuelo ambiental al propio morir de cada día.

La civilización industrial ha ensayado otro camino para este anhelo de evasión. Consiste en aturdir ese sentimiento en la actividad y en eliminar la muerte del horizonte vital humano. Esta civilización parece inspirada en la divisa de Lytauey: *la joie de l'âme est dans l'action*. El norteamericano medio trabaja hoy infatigable, vertiginosamente, y no para procurarse sosiego o descanso apacible, sino para adquirir los medios de una más rápida movilización y aturdimiento. El envejecimiento, por su parte, ha sido eliminado como determinante de una conducta individual y social: a nadie se exige renunciar a nada con la edad ni evolucionar en sus actitudes, antes bien se hace imperativo de «mantenerse siempre joven». La muerte, en fin, ha desaparecido de la esfera visual, de las previsiones, de las conversaciones. Nadie muere allí en su casa, ni tal acontecimiento se acompaña de ningún modo de solemnidad, ni aun trasciende de lo indispensable. Como cualquier necesidad incómoda, la muerte se convierte en asunto de empresas o servicios públicos, que lo faciliten de un modo aséptico e invisible para los demás.

Sin embargo, ninguno de estos sistemas de evasión logra un éxito pleno, aunque pueden servir de lenitivo. Ningún hombre deja de experimentar en determinados momentos la intolerancia natural hacia el devenir temporal, la lacerante impresión de su diario morir en su proceso incontenible, siempre acelerado.

El primero y más habitual de estos momentos u ocasiones es aquel en que sobreviene una discontinuidad en el curso de nuestra existencia —tal como un viaje—, que marca una nueva fase en ella, sea periódicamente o en forma imprevista. Estos hechos son, en frase de Bergson, como los golpes del timbal que estallan de vez en cuando en una sinfonía. Se trata de la indefinible tristeza que cierra cada periodo de nuestro tiempo y pone al descubierto su fluir sin retorno. Es la experiencia que recoge el proverbio francés: «Partir es morir un poco». Y el sentimiento que consagró Ovidio en la sonoridad patética de su elegía famosa:

Quum subit illius tristissima  
[noctis imago]  
Quae mihi supremum tempus.  
[in urbe fuit...]

La otra de las ocasiones en que el alma despierta a la angustia de su propio devenir temporal es el recordar, o, más bien, una forma especial de evocación. Se trata de aquel momento en que la asociación de imágenes o una percepción actual evoca en nosotros un recuerdo adormecido, y ante él experimentamos una sensación de lejanía temporal, a la vez que cierta extrañeza a nuestra personalidad actual. Son los instantes en que el pasado nos pesa como ya excesivamente complejo, reiterado, superfluo... Este segundo aspecto no acompaña al primero cuando el pasado evocado «encaja» en lo que podríamos llamar trama o línea argumentada —consciente o admitida de nuestra vida.

De aquí que cuando más dispersa o incoherente haya sido una vida más experimentará el sujeto de la misma extrañeza y distancia del pretérito evocado, mas prematuramente experimentará su peso —peso de un ayer muerto, inútil—, y mayor será el impacto del devenir temporal. Una vida en cambio, idealmente en línea recta, fiel a sí misma y a un constante objetivo, experimentaría la lejanía del pasado, pero no su extrañeza o superfluidad.

Es este precisamente el cauce por donde el hombre ha forjado el mito y la leyenda de una posible detención en sí mismo del fluir temporal, de esa corriente de tiempo que somos y que nos consume. Mi reciente viaje no me ha hecho pensar en el tiempo so-

mente por razón de la periódica discontinuidad que establece, sino también porque en él he pasado, una vez más, ante el Monasterio de Leyre, aquel viejo panteón de los reyes de Navarra, que cuelga de la Sierra del mismo nombre. Esta Sierra de Leyre es como una inmensa ola, larga y rompiente, coronada de espuma pétrea, que se eleva amenazadora sobre el valle de Aragón como emisario del mar inmóvil del Pirineo. Y fueron los bosques que rodean al dormido monasterio el escenario que la leyenda atribuye al monje que tuvo el tiempo —su tiempo— durante un siglo de quieto y arrobado éxtasis.

San Virila, que fue monje de Leyre en la alta Edad Media, dudó en una ocasión de que fuera posible a la criatura humana la eterna bienaventuranza en la sola contemplación de Dios. Oyó entonces cantar a un pájaro allá en su refugio del bosque, y era tan melodioso el canto, que lo escuchó en la fruición de un dulce y total abandono. Cuando el pájaro cesó en su canto y voló a otra rama, el monje regresó al Monasterio, pero vio allí con espanto que no conocía ni era reconocido por ninguno de los monjes. Sólo el más anciano había oído contar en su juventud cómo un monje desapareció en el monte, y nunca se encontró su cuerpo, devorado sin duda por los lobos. San Virila pudo entonces comprender lo que será la eterna y a la vez instantánea bienaventuranza del alma en la inmóvil y atemporal contemplación de Dios.

Esta historia se repite en la literatura popular y en la hagiografía medieval cristiana. Se atribuye en España a varios monasterios, y fue también el tema de una de las Cántigas de Alfonso el Sabio: «Como o monge oy cantar na pasariya e esteu C annos al son dela».

Aparte de esta mística leyenda, ninguna otra ha imaginado para el tiempo interior, si no son los cuentos que reiteran el tema de la Bella Durmiente o de Rip-van-Vinkle. Pero en ellos no se trata de una detención, sino de un aplazamiento del tiempo: el sueño o pausa de un alma que revive en época posterior.

Sólo, pues, ha podido imaginarse la superación del fluir temporal que es la vida a través de la entrega total o cuasi transformación del alma en el objeto de su conocimiento o de su amor. Sólo ella suprime la impresión de lejanía y extrañeza del pasado que se evoca, el peso del tiempo ya vivido. De aquí que sólo las religiones constituyan para el hombre un verdadero antídoto contra esa su tragedia innata, no sólo en razón de las superaciones que del tiempo le ofrecen en la mística y en la bienaventuranza final, sino al entregarle la posibilidad de conferir un sentido armónico y de perfeccionamiento a su vida, así como un criterio valorador unitario.

## L. Polo Garicano

APARATO DIGESTIVO  
RAYOS X

Estómago — Hígado — Recto  
Tratamiento médico almorranas  
Bergamín, 7-4.<sup>o</sup>  
Telfs. 11498-24776 (C.S.P. 42)

¿cuáles  
son sus  
horas bajas?

En las  
"horas bajas"  
Vd. es el de siempre... pero está en una "hora baja"  
Tómese unos instantes...

¿cuáles  
son sus  
horas bajas?

Cáritas recuerda:

La caridad no admite la indiferencia con el prójimo. La necesidad no espera. La caridad no debe esperar.